

CARMEN GLORIA ESCUDERO

Poeta y narrador chileno radicado hace casi dos décadas en México, está por primera vez de regreso, y junto a los veinte libros publicados afuera, trae también el pasaje de vuelta, y la nostalgia transformada en distancia, porque en esto de los desexilios nadie sabe lo que puede pasar.



Hernán Lavín Cerda sin corset

Faride Zerán

Llegó a Chile después de 18 años, y 20 libros publicados en México, donde reside desde 1973. Poeta, pero también narrador, el Hernán Lavín Cerda que está de paso camina con cautela, aunque sin disimular su entusiasmo, por las calles y casas que guardan su historia. No es nostalgia, porque ella amarra y entrapa. Entonces es humor negro, patafísica, y pataletas de irracionalidad que, según su fantasía, es el único camino que conduce al retorno. Porque aunque no lo confiesa, a los cincuenta y tantos, con un hijo de más de 20, una vida hecha de profesor de literatura en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, una profusa obra editada, y otras tantas por publicar, pensar en quedarse es asumir un volver a empezar. Y en eso se impone la vilipendiada razón por sobre cualquier arranque imaginativo.

Entre sus libros más recientes se cuentan *Nueva teoría de la evolución* (UNAM, 1985); *Las nuevas tentaciones* (Edit. Claves Latinoamericanas, 1987); *La felicidad y otras complicaciones* (UNAM, 1988); *Aquellas máscaras de gesto permanente* (Edit. Legga, 1989); *Locura de Dios y otras visiones* (UNAM, 1989); *Historia de Beppo el Inmóvil* (Edit. Joaquín Mortiz, 1990), y *Cuando yo era niño y otras desviaciones* (UNAM, 1990).

De sus obras publicadas en Chile se destacan *Neuropoemas* (1966); *La conspiración* (Ed. Universitaria, 1971); y *La crujidera de la viuda* (Siglo XXI, 1971), con el que obtuvo ese año el Premio Vicente Huidobro.

Alto, delgado, con voz de profeta y as-



pecto mesiánico mientras va revelando sus fantasías y perturbaciones, se revela distinto a los arquetipos de antaño. Y es que en México Hernán Lavín Cerda se quitó el corset.

—Son varios los géneros que usted cultiva. De todos ellos, déme uno.

—No siempre se escribe con la voluntad. No siempre es un acto volitivo. Uno escribe como puede, u otros escriben a través de uno. Yo no descarto la posibilidad casi mediúmnica de este oficio. Pensado así, lo que a mí me atrae es la mezcla, la mixtura de los géneros, y la posibilidad de hacer un género único, si es que esto fuera posible. Un género único, pragmático, plural. Compuesto de aperturas en todos los sentidos.

—Pero su origen está en el periodismo.

—Sí, es mi origen racional en cuanto a la palabra escrita. El no racional serían unos híbridos entre poesía, verso y pro-

sa publicados en la revista *Toma y Lee*, allá por 1955. Una revista que publicaba el padre Alfonso Escudero, en el Liceo San Agustín, donde yo estudié.

—Y más allá de esos textos o híbridos como Ud. los llama, ¿dónde está el origen de la literatura? ¿Por qué, si parte del periodismo, llega a la literatura? ¿Qué hay detrás de eso?

—Me fui a la literatura en un acto racional de voluntad. En un acto casi de formación educacional. Un acto machista. Yo despreciaba la literatura que no sirviera para provocar cambios y transformaciones políticas.

—¿Cómo buen exponente de la generación de los sesenta?

—Sí. Y por ejemplo, miraba a la poesía como un género femenino. Y la miraba así porque otros me influenciaron para ello. Y el año 60, a las cinco de la tarde —la hora de García Lorca— yo escribí mi primer poema. Y ese texto está incluido en un libro que se llama *La altura desprendida*. Ese año yo tuve una especie de revelación a esa hora. Fue en septiembre.

—¿Qué fue? ¿Llegó la musa?

—Tal vea fue la musa, o puede haber sido la musaraña. Yo estaba escribiendo una nota periodística. Ya estudiaba periodismo en la Universidad de Chile. Hacía una crónica, y mientras la escribía empecé a sentir que la escritura se desparaba de la fuente objetiva, de los datos más o menos objetivos. Y sentí, mientras escribía, que algo se desequilibraba en el camino, en mi trayecto de la escritura. Abandoné el texto, y seguí por el desvío. Me di cuenta que lo que yo estaba escribiendo no era yo. Nunca me había ocurrido algo así. Sentí una extrañeza, y una especie de dictado, un impulso

rítmico, una energía que se expresaba en palabras articuladas. Quedé muy inquieto con esta especie de aparición a través de la palabra escrita. Cogí el teléfono y llamé a mi novia, que es Nora, mi mujer. No estaba. Le conté a su hermana, y le leí este engendro extraño. “Ah, qué bonito —me dijo ella—. Yo creo que es un poema”.

—Fue toda una revelación.

—Al día siguiente se produjo de nuevo la situación. Y no paró nunca más.

—Usted es de la generación del sesenta que se caracteriza, en lo literario, por obras más bien apegadas a lo social, a lo real. No he leído sus primeros libros, publicados hace 20 años en Chile. Pero si leo su producción de los últimos años, me doy cuenta que eso no está. Que lo real, social, etc., no está presente en sus poemas, o en su prosa. ¿Qué ha ocurrido allí?

—La verdad es que me despegué de eso casi desde siempre. De pronto hay una inquietud que puede vincularse con lo contingente de aquella época, yo hacía periodismo junto con literatura, porque era para colaborar un poco para esa adquisición de conciencia, o avance, en la sensibilidad social. La literatura pasaba por allí. Pero en el momento de tocarlo, se provocaba un salto cualitativo. De cualquier modo aparecía la fantasía. Los aspectos de lo real invisible, para no hablar de lo real maravilloso, aparecían y desaparecían. Iban y venían. Eso es evidente en *La conspiración*, que es el último libro que publiqué en Chile.

—Es difícil encasillarlo en términos literarios, y eso sin duda le agrada. ¿Le gusta ser un hombre diferente?

—Es difícil. Pero siempre me sentí en Chile, mi lugar de origen, como una es-

pecie de salmón que remonta la corriente y como chanchito no del todo en el barro. Sino como un poco afuera de tiesto.

—En México sí se siente como chanchito en el barro.

—Sí. Porque México es un país donde los polos se topan, se conectan. Esto es aquello, y aquello puede ser esto. Lo negro es blanco y lo blanco es negro.

—¿Cómo se refleja todo esto en su literatura? ¿Cómo se metió México en su obra?

—En ese sentido. En una mutación constante. En la unión de opuestos. En la apertura hacia la ambigüedad. Pero tengo la sospecha que desde Chile empezaba a provocar esas perturbaciones para utilizar un término de Manuel Silva Acevedo. Es su primer libro. Aquí me sentía un tanto encorsetado. Allí hay la posibilidad de soltarse más. Es un país mestizo. No hay sangres puras. Eso me atrae.

—Luego, tampoco hay nostalgia. Ni en sus palabras ni en sus textos, al menos los que he leído. ¿Cómo lo hizo?

—Bueno, no está en lo último, pero en otro libro que se llama *La nostalgia y otros juegos de azar*, publicado en Argentina, está. Lo que pasa es que la nostalgia la pulverizo con la payasada. La payasada es vivir. La payasada filosófica es muy vieja. Es la patafísica. Y en estas locuras que trato de hacer filtro esa nostalgia, la alejo, y puedo más o menos controlarla y jugar con ella.

—Cuando le pregunto qué género Ud. me responde todos o la síntesis de todos. Si le pregunto qué obra, qué me dice. Porque usted es sumamente prolífico.

—Hay zonas en los libros. No me atrevería a destacar uno. Lo que estoy pidiendo a gritos son los lectores, que aparecen poco. (Ríe). Pero no es un fenómeno individual. Es general. En todos los libros uno se las juega.

—¿Cómo es recibida su obra en México?

—Ahora bien. No hace mucho se presentó la *Historia de Beppo el Inmóvil*, y con él la aparición de un movimiento cultural, denominado *el hermanismo*.

Como en una época existió *el ramonismo*, de Ramón Gómez de la Serna. Y ante él hay que ponerse de pie. Yo lo descubrí allá.

—Es todo un profeta en otra tierra.

—No sé si tanto.

—¿Qué significa el hermanismo?

—Es la mezcla de lo absurdo, de lo concreto, de lo personal, del humor negro, como en sus obras?

—Es todo eso, más otras.

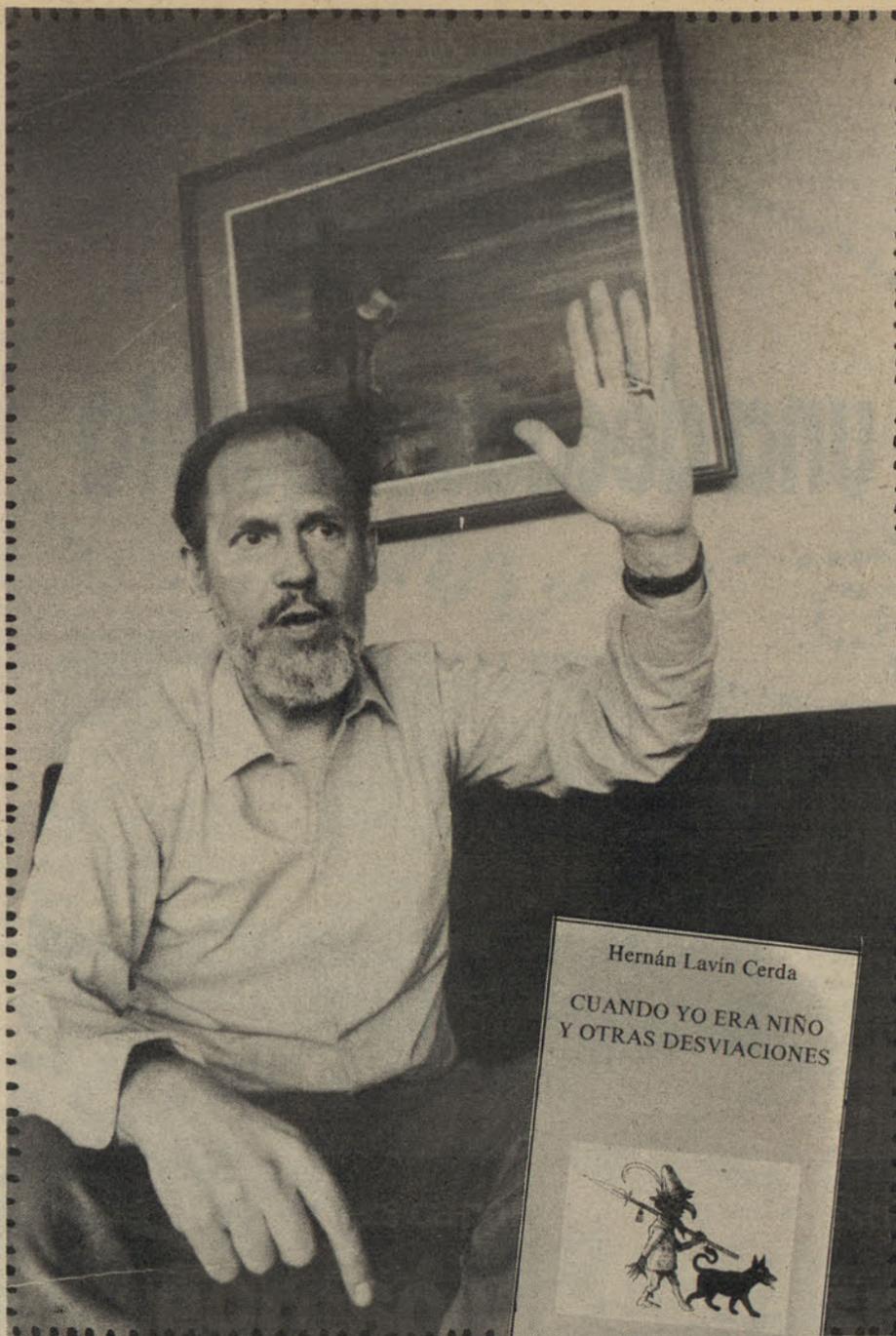
—¿Cuáles?

—Es como un decálogo que salió publicado, y no lo traje, pero podría intentar repetir algunos de estos aforismos o síntesis de mi obra. Primero, una obra descalabrada por el humor negro. El juego, la payasada, el idioma, la proliferación. La magnificación del idioma. Han señalado que es un idioma profundamente erótico, con rasgos muy fuertes de crueldad, pero al mismo tiempo de santificación. Es la mezcla de lo sacro y lo profano.

—¿Esa es la decantación final de Lavín Cerda en México? Jodorowski está presente, ¿quién más?

—Sí. El otro día estaba leyendo *El loro de siete lenguas* y dije: "¡Dios mío!". Es que antes yo escribí una novela, el 74, y que se publicó hace dos años. *Aquellas máscaras de gesto permanente*, es el título. Y dije, si estas son páginas que podrían estar incluidas en *El loro de siete lenguas*. No conocía para nada esa obra de Jodorowski. Es que México significó el estallido. Toda esta necesidad que tenía en Chile de romper, lo he logrado en México.

—Por lo tanto no le voy a preguntar



si regresa a Chile, porque sería un contrasentido.

—Sí, pero no es tan claro. Fui a ver a Nicanor Parra y él me dice: "¡Ah, tu libro de los neuropoemas, del año 66, fue un choque eléctrico!". Quiere decir entonces que una fuente está aquí también.

—¿Qué figura recurrente hay detrás de su obra, o está en sus obsesiones?

—La mujer. La mujer como animal benigno y también con cierta malignidad. Pero la mujer siempre. El año 82 estuvimos en un Congreso de Escritores en California, con Fernando Alegría, y se presentó una ponencia sobre mis trabajos, entre otras de otros autores. Hubo estudios sobre Donoso, la Bombal, Emar, etc. Una profesora de la Universidad de California hizo un estudio sobre la presencia de lo femenino en mis libros, apoyada en otras disciplinas como la sicología, a través de Freud, Jung, más otros nombres, como fuentes.

—¿Dónde está el origen de esa presencia? Si veo la relación que Ud. tiene con Nora, su mujer, algo me explica. ¿Pero qué hay detrás de ello?

—No sé. Nunca me he psicoanalizado, y esa puede ser una carencia.

—¿Y la madre? Porque finalmente es ella.

—Sí. Pero cómo poder decírselo. La madre para mí es una especie de virgen que yo hubiera querido que fuese violada. Carnalizada, convertida en un ser más humano. Yo la tengo como arquetipo un tanto más lejano, ascético, y casi monjil. Con todo el respeto que le tengo, siempre dije que mi madre fue virgen. Hago chistes respecto de ella. Pero hubo en casa un cierto tabú respecto al cuerpo. Hubiera querido ver caminar por la casa a mi madre. Porque uno necesita de la madre en la aparición de lo sexual, porque lo humaniza y lo hace libre desde niño. Esas visiones casi incestuosas que son necesarias para el desa-

rollo de la higiene mental, no estaban presente. A veces la miraba por el ojo de la cerradura y de pronto veía que se estaba poniendo una media. Soy fetichista. ¡A mí me desespera esto de la panty! Lo digo con todo respeto. (Ríe a carcajada).

—¿Y con tantas fijaciones no ha incursionado en el género erótico?

—Tengo un libro que no se publicó en Chile por problemas morales. Se llama *El pálido pie de Lulú*. Para el Encuentro de Escritores que se realizó en Chile el año 1969, donde vino mucha gente, estuvo Angel Rama. Una maravilla. Tenía una capacidad verbal maravillosa. Le entregué a Angel algunas cuartillas de este libro, y él se entusiasmó mucho y quiso publicarlo. Al año siguiente lo presenté a Zig Zag, me ayudó Alfonso Calderón, pero no hubo consenso. Finalmente, lo publiqué en México, en 1977. El libro tiene una cierta trasgresión desde el punto de vista de la moral. Allí los cuerpos están en proceso de deterioro físico. Y los hombres y mujeres que aparecen están en proceso de convertirse en animales. En fin, es la decrepitud física.

—¿Qué temas le preocupan como escritor?

—Actúo por pulsiones. Siempre intentando pasar las cosas por el cedazo de la razón. Pero actúo por pulsiones. Me interesa lo que piensa una vagina, lo testicular. El pensamiento pasado por allí, o por el corazón. Creo que lo más rico del ser humano está debajo de la corteza cerebral de lo racional, que es delgadita. Después de bajar de esa corteza viene lo más rico del ser humano. Siempre vivíamos en pugna con eso. Porque éramos escolásticos y vivíamos cercanos al dogma —unos y otros, todo el espectro de la sociedad chilena—. Y más allá de ella. Pero me atrae lo otro. Me interesan todos los temas. Acabo de escribir un poe-

ma que se llama *Viaje* alrededor del ácido úrico. Y estoy trabajando en varios viajes alrededor de distintos ácidos. Incluyendo el colesterol. ¡Me va a decir que soy un vanguardista del cincuenta-zo! Claro, es la edad, pero me preocupan esos temas. (Ríe). El cuerpo, los animales, etc.

—Hagamos un vuelo rasante por la literatura mexicana, e intentemos compararla con la chilena.

—He visto poco de literatura chilena, estoy recién llegado, pero en poesía, lo poco que he visto me hace decir que soy de allí.

—¿Quiénes?

—Los contemporáneos, los de siempre. Mistral, Neruda, Huidobro.

—¿Y los actuales?

—Las cosas de Manuel Silva Acevedo, Jaime Quezada, Oscar Hahn, Waldo Rojas, Gonzalo Millán. Son mis contemporáneos y les sigo la huella. He mandado a pedir material de ellos para mis clases de poesía iberoamericana contemporánea. Es un seminario que doy en la UNAM. Posiblemente yo haga una antología con las obras de estos poetas.

—¿Sólo le interesa su generación?

—No. Vuelvo siempre a *Residencia en la Tierra*. Hicimos un homenaje a Neruda, hace poco. Allí leí un ensayo que se llama *Pablo Neruda y los sentidos*. Me interesa la obra de Gonzalo Rojas, de De Rokha.

—A la distancia, ¿cómo se ven nuestras letras?

—Se ven poco. Se ven menos que en la época nuestra. Diría que es una balcanización creciente. Casi no se ven. Sin embargo, he notado una sensibilidad mayor de México hacia Chile, que de Chile hacia México. Hay una inquietud muy fuerte en el México contemporáneo hacia todo lo que ocurre afuera. No sólo de Chile. Traje una muestra de poesía mexicana a Chile, y propuse presentarla, pero no hay interés. Allí veo la insularidad. Sin embargo, la poesía chilena se sigue viendo con mucho interés y se conceptualiza en México. Sin duda es lo más fuerte y lo mejor de este país. Es de alto nivel.

—¿Qué ocurre con la literatura mexicana?

—Es de una pluralidad desbordante. Todas las líneas. Incluso la poesía. Hay poetas sorprendentes. Y sé que esto se extiende. Sé que hay dos poetas excepcionales en Bolivia. He sido jurado en varias oportunidades de concursos internacionales, y la poesía iberoamericana continúa siendo muy fuerte, de calidad.

—¿Se puede hablar de una eclosión de este género en América Latina?

—Sí. Y más aún. Fue la poesía la que provocó la explosión maravillosa de lo que conocimos como la novelística de los años sesenta, y que le dieron ese nombre no muy feliz de *boom*. Esto fue posible porque la poesía irrumpió allí. Porque apareció dentro de esos escritores. Sin la poesía no puede haber *Cien años de soledad*, *Rayuela*, *Adán Buenosayres*, y muchas otras obras.

—¿Qué le ocurrió al regresar a Chile casi 20 años después?

—¡Ah! Un termómetro. Momentos de alza, de entusiasmo. No euforia. Luego, caídas depresivas muy fuertes. Esto, los primeros diez días. Grandes discusiones conmigo mismo, por desequilibrios. Con pulsiones que no siempre son racionales.

—Le carga su racionalidad, ¿no?

—Lucho en contra de ella. Es un mundo tremendo de negro y blanco. No me gusta. Pero por otro lado, está también en mi obra. En la búsqueda de una cierta irracionalidad y de una potencia imaginativa hay la búsqueda también de cierto equilibrio. ■